

SIETE TESIS SOBRE LA CUESTION DEL CONTROL OBRERO*

Raniero Panzieri

AUTOR: RANIERO PANZIERI (1921-1964)

FECHA: 1958

TEMAS: LANGILE KONTROLA, LANGILE BOTEREA

FORMATO: [GEDAR LANGILE KAZETA](#)

Sobre el problema del tránsito del capitalismo al socialismo.

En el movimiento obrero ha habido una larga discusión acerca del problema de las formas y tiempos del tránsito al socialismo. Una tendencia, que se ha presentado bajo diversas formas, ha creído poder esquematizar los tiempos de dicho proceso, como si la construcción del socialismo debiera estar precedida, siempre y en todo caso, de la “fase” de construcción de la democracia burguesa. Se habría así asignado al proletariado, donde la burguesía no hubiese hecho todavía su revolución, la tarea de conducir su lucha con un fin muy delimitado: el construir o favorecerla construcción de los modos de producción y las formas políticas de una sociedad burguesa acabada. Esta concepción puede ser definida esquemáticamente porque pretende aplicarse en abstracto, y sin referencia a una realidad histórica, como un modelo prefabricado. Si, en efecto, es verdad que la realidad de las instituciones políticas corresponde, en toda época a la realidad económica, es, sin embargo, un error creer que la realidad económica (fuerzas productivas y modo de producción) se desarrolla de acuerdo a una línea siempre gradual, regular, perfectamente predecible, dividida en precisas fases sucesivas, cada una distinta de la otra. Es suficiente, para entender la naturaleza de este error, reflexionar acerca de algunos ejemplos históricos. De esta manera, a principios del siglo pasado, el progreso técnico (invención del telar mecánico y de la máquina de vapor) determinó un salto de calidad en la producción (revolución industrial) que permanece todavía actuante, al lado de nuevas y viejas formas de producción; y en los países económicamente menos evolucionados la lucha política adquirió un carácter bastante complejo. Por una parte, hubo la resistencia de los restos feudales y por la otra la afirmación de la burguesía industrial; y, finalmente, al mismo tiempo, la aparición de una nueva clase, el proletariado industrial.

De la caída de la autocracia zarista y del monstruoso sistema capitalista-feudal, una parte del movimiento obrero marxista, cayendo en el error que hemos enunciado anteriormente, sostuvo que el proletariado ruso debería aliarse con la burguesía para llevar a cabo la “segunda etapa” (democracia burguesa) de la revolución. Como se sabrá esta tesis fue rechazada por Lenin y la mayoría del movimiento obrero ruso; ante la caída total del viejo sistema el único protagonista efectivo que permanecía era el proletariado, y su problema no era el crear las instituciones propias de la burguesía, si no el construir las instituciones de su democracia, de la democracia socialista. En china, entre 1924 y 1928, prevaleció en el partido comunista la oposición de aquellos que erróneamente querían dirigir el movimiento de la clase a sostener incondicionalmente al Kuomintang de Chang- Kai-Shek, ayudándolo a realizar, después de la caída de la dinastía Manchú y del sistema feudal, la “segunda etapa” (democracia burguesa): esto sin tomar en cuenta la inexistencia de una burguesía china capaz de considerarse como clase “nacional”, y el hecho de que la enorme masa campesina de aquel país solo podía luchar por la causa de su propia emancipación, y no por perseguir esquemas abstractos e incompresibles.

Estas consideraciones no conducen, en efecto, a exaltar un voluntarismo intelectualista revolucionario (y a afirmar aquello de que la revolución pudiera ser el fruto de un acto de voluntad de un grupo de vanguardia), sino a hacer comprender solamente como, antes que nada, cada fuerza política, en lugar de seguir modelos prefabricados, debiera tomar conciencia de la realidad, siempre compleja y específica, en la socialdemocracia, en todas sus formas, conciencia de la realidad, cuyo ámbito se mueve. La socialdemocracia, en todas sus formas, buscando esconder su oportunismo y justificarlo ideológicamente, confunde sistemáticamente las cartas sobre la mesa y reduce todas las posiciones consecuentes de la izquierda revolucionaria al intelectualismo voluntarista. La substancia histórica de la experiencia

socialdemócrata consiste en lo siguiente: con el pretexto de la lucha contra del maximalismo, asigna al proletariado la tarea de sostener a la burguesía o en su defecto de sustituirla en la construcción de la democracia burguesa; negando con ello mismo las tareas y la autonomía revolucionaria del proletariado para terminar asignándole un papel de fuerza secundaria.

En la sociedad italiana actual el dato fundamental está constituido por el hecho de que la burguesía no ha sido, no es, no puede ser una clase "nacional"; una clase capaz (como ha sucedido en Inglaterra y en Francia) de asegurar, aunque sea en un cierto periodo de tiempo, el desarrollo de la sociedad nacional en su conjunto. La burguesía italiana ha nacido sobre bases corporativas y parasitarias, este es: 1) a través de la formación de sectores industriales aislados sin haberse constituido un mercado nacional, sino basados en la explotación de un mercado de tipo cuasi- colonial (Mezzogiorno); 2) mediante el recurso permanente a la protección y el sostenimiento activo por el Estado; 3) aliándose con los restos del feudalismo (bloque agrario del Sur). El fascismo ha sido expresión exacerbada de este equilibrio contradictorio, y del dominio, en esta forma, de la burguesía: a través de la intervención del estado totalitario a favor de la industria privada en dificultades (IRI) se ha favorecido al máximo la transformación de determinados sectores industriales en poderosas estructuras monopólicas (FIAT, Montecatino, Edison, etc.). Después de la caída del fascismo los monopolios han encontrado, en la intensificación de las relaciones con la gran industria norteamericana y su subordinación, la continuación de su vieja política antinacional (las grandes industrias italianas están todas, de una manera o de otra, cartelizadas con los grandes monopolios internacionales; uno de los casos en los cuales estas ligas han aparecido con mayor evidencia, ha sido cuando la FIAT, Edison y Montecatino han sostenido en Italia la compañía del cartel internacional del petróleo: y en general en atlantismo de los partidos del centro- derecha es la expresión de las ligas de subordinación que habíamos indicado. Antes que los partidos políticos, el plan Marshall, expresión del imperialismo americano, ha sido aceptado por los monopolios italianos).

Así, se ha confirmado una situación en la cual al lado de las áreas monopólicas coexisten grandes áreas de profunda depresión y atraso (muchas zonas de la montaña y las colinas, el delta del Padua y, en general, el Mezzogiono y las islas); se acrecientan enormemente las diferencias entre estratos sociales, entre región y región, aumenta los desequilibrios tradicionales de la producción industrial: crecen los cuellos de botella monopolistas (las limitaciones y distorsiones, el poder de la política de los monopolios se oponen a un pleno y equilibrado desarrollo de las fuerzas productivas); se registra una desocupación masiva que se convierte en un elemento permanente de nuestra economía; se reproducen agravados los tradicionales términos del máximo problema de nuestra estructura económico-social (la cuestión meridional) .

En esta medida sería un grave error ignorar la existencia de estos datos para ocultar como efectivamente se ha hecho en estos últimos años, los elementos nuevos. No hay duda que, a partir sobre todo de 1951-1952 en algunos sectores el capitalismo italiano ha podido aprovechar la coyuntura internacional favorable y el considerable progreso tecnológico: se ha llegado así a una fase de expansión (rápido aumento de la producción, aumento del crédito, rápida acumulación del capital e intenso incremento del capital fijo) que todavía, desarrollándose bajo el control de los monopolios, ha permanecido restringida a su área, y por consiguiente, ha provocado el agravamiento de los desequilibrios fundamentales de la economía italiana.

La situación contradictoria, determinada por largas áreas de depresión y de crisis que hemos descrito, está destinada a no mejorar y a agravarse sea por un posible deterioro de la situación internacional, sea por un aumento probable de la desocupación tecnológica, sea por los efectos negativos del Mercado Común Europeo, sea en fin porque las características del mercado interno italiano (lo limitado del mismo, su pobreza) no proporciona una área adecuada de salida a la capacidad productiva y tecnológica consolidada, y que va posteriormente consolidándose en el área monopolista.

Un análisis de este tipo no va dirigido y no sirve naturalmente para considerar la perspectiva de una crisis “catastrófica” del capitalismo, esta es parte de una polémica que se mueve sobre el terreno de las profecías: y en estos términos serviría solo para paralizar y esterilizar el movimiento de clase. Lo único que se desprende de estos análisis es la existencia de ciertas condiciones reales y el reconocimiento de la tendencia de desarrollo en ellas implícitas; es la conclusión que en el ámbito de aquellas condiciones y de aquella tendencia el movimiento obrero debe aprender.

A la luz de estas consideraciones aparecen del todo abstractas e irreales (específicamente hoy en Italia) las tesis según las cuales: a) el movimiento de clase substancialmente debe limitarse a dar su apoyo a la clase capitalista (o a grupos burgueses determinadas) en la construcción de un régimen de democracia burguesa completa; b) el movimiento debe substancialmente subsistir a la clase capitalista y asumir como propia la tarea de construir un régimen de democracia burguesa completo.

Por el contrario, las contradicciones que laceran actualmente a la sociedad italiana, el peso que los monopolios han asumido y tienden a asumir, la contradicción entre desarrollo tecnológico y las relaciones capitalistas de producción, la debilidad de la burguesía como clase nacional, conducen al movimiento obrero en su conjunto a emprender tareas de naturaleza diversa; a luchar al mismo tiempo por reformas que tienen un contenido socialista. En el plano político aquello significa que la fuerza dirigente del desarrollo democrático en Italia es la clase obrera y bajo su dirección puede realizarse el único eficiente sistema de alianzas, con los intelectuales, con los campesinos, con los grupos de la pequeña y mediana producción burguesa. Este es el sistema de alianzas y el tipo de dirección que corresponde a las condiciones y perspectivas reales.

La vía democrática al socialismo es la vía de la democracia obrera.

Es una falsa deducción, que se deriva de un análisis erróneo de la situación italiana, y de una interpretación simplista del cambio registrado con las tesis del XX congreso del PCUS, afirmar que la vía italiana al socialismo, democrática y pacífica coincide con una vía “parlamentaria” al socialismo. En efecto es justa la afirmación del carácter democrático de la vía del socialismo, en el sentido que habría que refutar todas las viejas concepciones según las cuales el paso al socialismo es un acto de voluntad revolucionaria, obra de una minoría aislada, sin haber madurado las condiciones políticas y económicas; así ha de rechazarse la concepción que liga el paso al socialismo a la verificación automática de la “catástrofe” del capitalismo. Pero no se puede reducir la vía democrática a una vía siempre y necesariamente pacífica, desde el momento en el que, aunque en un determinado país las condiciones para el socialismo están maduras y sus fuerzas obtengan la mayoría del consenso, todavía la resistencia de la clase capitalista y su recurso a la violencia pueden conducir al robo armado, y a la necesidad de la violencia proletaria.

Para el socialismo hay todavía en Italia una perspectiva democrática y pacífica. Pero quien identifica el instrumento exclusivo (o también como instrumento sustancia o caracterizante) del tránsito pacífico al socialismo con el parlamento, saca la propuesta de la vía democrática y pacífica de todo contexto real. Se resucitan de este modo las antiguas manifestaciones burguesas: las cuales presentan al Estado representativo burgués no como es un Estado de clase, si no como un Estado por encima de las clases; Estado en las que el parlamento es solo la sede donde se ratifican y registran las relaciones de fuerzas entre las clases, que se desarrollan y determinar fuera de él, siendo la economía la esfera donde se producen las relaciones reales y tiene su sede la real fuente del poder.

Es justo afirmar, por el contrario que la utilización también de las instituciones parlamentarias es una de las tareas más importantes que se ofrecen al movimiento de clase y que aquellas mismas instituciones podrán ser transformadoras (por la depresión ejercida desde abajo por el movimiento obrero a través de sus nuevas instituciones) para ser una sede representativa de derechos meramente políticos y económicos al mismo tiempo.

El proletariado se educa a si mismo construyendo instituciones.

Una vez que se define en general, como democrática la vía al socialismo, y se quiere garantizar al máximo la perspectiva del tránsito pacífico, se afirma en consecuencia y en substancia el siguiente concepto: que hay continuidad en los métodos de la lucha política antes, durante y después del salto revolucionario, y que por tanto las instituciones del poder proletariado deben formarse no después del salto revolucionario sino en el curso de toda la lucha del movimiento obrero por el poder. Estas instituciones deben surgir en la esfera económica, donde está la fuente del poder, y representar así al hombre no solo como ciudadano sino también como productor: y los derechos que en estas instituciones determinen deben ser derechos políticos y economicos al mismo tiempo. La fuerza real del movimiento de clase se mide por la cuota del poder y la capacidad de ejercer una función dirigente al interior de la estructura de la producción. La distancia que separa las instituciones de la democracia proletaria es cualitativamente la misma que separa la sociedad burguesa dividida en clases de la sociedad socialista sin clases. Debe rechazarse por ello la concepción de ingenua derivación iluminista, la que quiere genéricamente "adiestrar" al proletariado en el poder prescindiendo de la concreta construcción de sus instituciones. Se habla así de preparación subjetiva del proletariado, de "educación" del proletariado (¿a quién cabría el papel de educador?); pero todos saben que aprende a nadar solo el que se mete al agua (y por ello, debe pedirse que comience con meterse al agua el iluminado "educador").

Estas cosas no son ciertamente nuevas, son la experiencia histórica del movimiento obrero y del marxismo, desde los Soviets en 1917 al movimiento de Turín, de los consejos de fábrica, a los consejos obreros polacos y Yugoslavos, el desarrollo posterior de las tesis del XX congreso, que van tomando cuerpo frente a nuestros ojos. Más superfluo debería ser el recordar en el partido socialista este tema, que en los últimos años ha proporcionado su contribución más original al movimiento obrero italiano.

Acerca de las condiciones actuales del control obrero.

Hoy la reivindicación del control obrero (de obreros y técnicos) no está solo en relación con los motivos que se han expuesto, sino que se liga a una serie de condiciones nuevas que hacen de esta reivindicación una cuestión actual y la ponen en el centro de la lucha del movimiento de clase: a) La primera de estas condiciones está constituida a partir del desarrollo de la fábrica moderna. Sobre este terreno nace la práctica y la ideología del monopolio contemporáneo (relaciones humanas, organización científica del trabajo, etc.), que tratan de subordinar de modo integral -alma y cuerpo- al obrero, a su patrón, reduciéndolo a una pequeña pieza del engranaje de una gran máquina que, en su globalidad, permanece ignorada. El único modo de romper con este proceso de sometimiento total de la persona del trabajador es, de parte del trabajador mismo, tomar conciencia de la situación como es; en sus términos empresariales – productivos; y de contraponer a la "democracia empresarial" de marca patronal y a la mistificación de las relaciones humanas la reivindicación de un papel consciente del trabajador en el conjunto de la empresa: la reivindicación de la democracia obrera.

b) Si siempre los órganos del poder político del Estado burgués han sido el "comité de negocios" de la clase capitalista, hoy asistimos a una compenetración entre el Estado y los monopolios todavía mayor que en el pasado: ya sea porque el monopolio, obedeciendo a su lógica interna, es conducido a asumir un control directo mayor, ya sea porque las operaciones económicas del monopolio (y afortunadamente están en bancarrota en este sentido las ilusiones liberales) exigen de modo creciente la ayuda y la intervención amiga del Estado. Es así, porque las fuerzas de la economía extienden sus funciones políticas directas (y dentro de la ficción del Estado de derecho crecen las funciones reales y directas de Estado de clase), que el movimiento obrero, aprendiendo la lección del adversario, debe llevar cada vez más el centro de la lucha al terreno del poder real. Y, por este motivo, la lucha de movimiento de clase por el control no puede agotarse en el ámbito de la empresa aislada, sino que debe relacionarse y extenderse a toda una rama, a todo el frente productivo. Concebir el control de los trabajadores como una cosa que se restrinja a una sola empresa no quiere decir solamente "limitar" la reivindicación del control, sino despojarla de su significado real y hacerla degenerar en el plano corporativo.

c) He aquí una última condición nueva que está en la raíz de la reivindicación del control de los trabajadores. El desarrollo del capitalismo moderno, por un lado, y, por el otro, el desarrollo de las fuerzas socialistas en el mundo y la grave problemática del poder, que se ha impuesto con fuerza en los países en los cuales el movimiento de la clase ha hecho su revolución, muestran la importancia que hoy asume la defensa y la garantía de la autonomía revolucionaria del proletariado, sea contra las nuevas formas del reformismo, sea contra la burocratización del poder, es decir en contra de la subordinación reformista y en contra de las concepciones de guía (partido guía, estado guía).

La defensa, en esta situación, de la autonomía revolucionaria del proletariado, se concentra en la creación desde abajo, antes y después de la conquista del poder, de las instituciones de la democracia socialista. Y en la restitución de la función de instrumento al partido de la formación política, del movimiento de clase arriba (instrumento, esto es, no una guía paternalista sino de fomento y de sostén de las organizaciones desde las cuales se articula la unidad de la clase). El valor mismo de la autonomía del Partido Socialista en Italia estriba en esto: no en el sentido que anticipa o anuncia la escisión del movimiento de clase, no en contraponer una "guía" a otra "guía", sino en el garantizar la autonomía al interior del

movimiento obrero de cualquier dirección externa, burocrática y paternalista.

Afirmar lo anterior no quiere decir en verdad que se olvide la cuestión del poder, condición esencial para la construcción del socialismo: pero la naturaleza socialista está determinada por la base de la democracia obrera sobre la cual se apoya, y que no puede ser improvisada el día siguiente del "asalto" revolucionario en las relaciones de producción. Y esta es la única forma seria no reformista, de refutar la perspectiva del socialismo burocrático (estalinismo).

El sentido de la "unidad clase" es la cuestión de la relación entre luchas parciales y objetivos generales.

La reivindicación del control de los trabajadores, los problemas que implica, las consideraciones teóricas relacionadas con ella, implican necesariamente la unidad de las masas y el rechazo de toda concepción partidaria rígida que reduciría la tesis del control a una parodia mezquina. No hay control de los trabajadores sin la unidad en la acción de todos los trabajadores de la misma empresa, de la misma rama, del frente productivo entero: una unidad no mitológica, ni puro adorno de la propaganda de un partido, sino una unidad que realmente se produzca desde abajo, toma de conciencia de parte de los trabajadores de su función en el proceso productivo, creación de concordancia de las instituciones unitarias de un poder nuevo. Por ello hay que rechazar, en este marco, la reducción de la lucha de los trabajadores a puro instrumento de reforzamiento de un partido o de estrategia más o menos clandestina. La cuestión, largamente debatida, de cómo se relacionan y se armonizan las reivindicaciones y las luchas parciales inmediatas con los fines generales, se resuelven precisamente afirmando la continuidad de las luchas y de su naturaleza. En efecto, esta relación y esta armonización son imposibles, y son un embrollo ideológico, si permanece la idea que hay un reino del socialismo, misterioso y por ahora incognoscible, que llegara un día como un amanecer milagroso para coronar el sueño del hombre. El ideal del socialismo es un ideal que contrasta profundamente y sin posibilidad de conciliación con la sociedad capitalista, pero es un ideal que necesita hacerse vivir día a día, conquistar hora por hora en la lucha; que nace y se desarrolla en la medida en que cada lucha sirve para hacer madurar y avanzar instituciones nacidas desde abajo.

El movimiento de clase y el desarrollo económico.

Una concepción fundada en el control obrero y en la unidad de la lucha de masas lleva tras de sí el rechazo de toda actitud o posición que está basada en una perspectiva catastrofista (derrumbe automático del capitalismo), y la adhesión plena e incondicional a una política de desarrollo económico. Pero esta política de desarrollo económico no es una adaptación, una rectificación del desarrollo capitalista, ni consiste en una abstracta programación que venga propuesta al Estado burgués; ella se realiza en la lucha de las masas, y se concreta al mismo tiempo que rompe la estructura capitalista y desde ahí toma nuevos impulsos. En este sentido se afirma que la lucha del proletariado sirve para adquirir día a día nuevas cuotas de poder, lo que no debe entenderse como que el proletariado adquiriera a diario porciones del poder burgués (o de participación del poder burgués) sino que cada día contrapone al poder burgués el cuestionamiento, la afirmación y formación de un poder nuevo que surja desde abajo directamente y sin delegación.

La clase obrera, al mismo tiempo que a través de la lucha por el control se convierte en el sujeto activo de una nueva política económica, asume por sí misma la responsabilidad de un desarrollo económico equilibrado, capaz de oponerse al poder de los monopolios y sus consecuencias: desequilibrios entre región y región entre estrato y estrato, entre rama y rama. Por ello del mismo modo, subvirtiendo la función actual de la empresa pública, la transforma de elemento de sostenimiento y de protección de los monopolios en instrumento directo de la industrialización del Mezzogiorno y de las áreas deprimidas. En la práctica esto hace de la política de desarrollo económico un elemento de áspero contraste con los monopolios; contraste que se presentara de todas maneras como conflicto entre el sector público (aliado con la pequeña y mediana empresa) y el sector de la gran empresa privada. Se destaca también el hecho de que el movimiento de la reivindicación del control de parte de los trabajadores es por su naturaleza unitaria, nace y se desarrolla sobre el plano de la lucha. En la situación concreta de la lucha de clases en nuestro país el control no aparece como una reivindicación genérica, programática, ni mucho menos como una demanda legislativa al parlamento: consignas y fórmulas de este género no harían sino desnaturalizar el problema del control, reduciéndolo por añadidura a una forma larvada o abierta de colaboracionismo, o remitiéndolo al cuadro de un enfermizo paternalismo parlamentario. Con ello no se quiere decir que haya que excluir una formulación legislativa acerca del control obrero, sino que esta no puede ser emitida paternalistamente desde lo alto, ni conquistada solo mediante la lucha genérica de tipo parlamentario; en este campo el parlamento puede solamente registrar, reflejar el resultado de una lucha que se ha producido en la esfera económica (esencialmente de la clase obrera). La cuestión del control avanza en la medida en que los trabajadores, en la estructura productiva, toman conciencia de su necesidad, y de la realidad productiva, y luchan por ello. Está claro por las cosas ya dichas que no hay diferencia en cuanto a este tema entre empresa privada y, empresa estatal; la reivindicación del control pone a ambos sectores en el mismo plano de lucha.

Por otra parte la reivindicación del control no es la romántica resurrección del pasado, que no se permite jamás en las mismas formas, ni puede confundirse con las funciones reivindicativas de determinados órganos sindicales (y por lo tanto no puede confundirse con una ampliación del poder de las comisiones internas): y esta última cosa es cierta aunque los trabajadores, en muchos lugares, dan esta forma a la demanda de control porque las comisiones internas han permanecido como el símbolo de la real unidad obrera en los sujetos de trabajo.

Hay que evitar por tanto toda anticipación utópica, mientras se debe subrayar que las formas de control no deben ser determinadas por un comité de “especialistas”, sino que surgen solamente de la experiencia concreta de los trabajadores. En este sentido son señaladas tres indicaciones que proviene de ciertos sectores obreros, la primera de ellas concierne al “comité de producción” como una forma concreta desde la cual puede iniciarse el movimiento por el control. La segunda se refiere a la demanda de que la cuestión de control se ponga en el centro de la lucha general por la reconquista del poder contractual y de la libertad de los obreros en la fábrica y así, por ejemplo, que ella se concrete en condiciones electivas que controlen las concentraciones e impidan las discriminaciones. La tercera, al mismo tiempo que subraye la exigencia de la relación entre las diversas empresas, pone el problema de la participación en la representación democrática territorial en la relación con la elaboración de programas productivos.

Estas indicaciones son bastante útiles, resultado de experiencias de base a las cuales se agregan otras: cada una de ellas debe de ser discutida y profundizada, teniendo presente que,

después de todo, el campo de aplicación y de estudio es la fábrica y el mejor banco de pruebas es la lucha unitaria.

Aclaraciones sobre el problema del control obrero: un debate con L'Unita*

[...] no hemos sostenido jamás y sería infantil sostenerlo que los trabajadores puedan ganar en el ámbito del régimen capitalista el derecho a compartir por partes iguales con el patrón la dirección de la producción. Esto es algo que el patrón no puede conceder mientras sea patrón: mucho menos puede concederlo el patrón monopolista. Tampoco pensamos que el parlamento puede emitir leyes para establecer el control, porque el parlamento es el espejo de las relaciones de clases de la hegemonía del monopolio.

El punto central es distinto. En la fábrica, base esencial del reforzamiento del poder patronal, existe la situación que el trabajador ha permanecido del todo extraño al proceso de producción, del cual no conoce nada excepto aquella milésima fracción que es su tarea específica. Así, se realiza el vaciamiento completo de su personalidad, de la cual, a través de un substancial embrutecimiento permanece solo la contribución pasiva de una terrible fatiga muscular y nerviosa, impuesta por la organización moderna del trabajo. Para salir de esta situación los obreros deben aprender a conocer la fábrica en su totalidad, deben convertirse en patrones, al menos en el plano del conocimiento, del mecanismo del proceso productivo [...]

*Tomado de Mondo Operaio, septiembre de 1958.